

## **LÁGRIMAS PARA UN...** **¡HASTA SIEMPRE, SEÑOR!**

**Julio de 1969...** Un viejo lobo de mar, con sus brazos tatuados desde los tiempos de su servicio en la Marina Británica en la singladuras en el crucero *Enterprise*, allá por 1932, veía con ojos vidriosos, en un bar de pescadores del puerto de una pequeña localidad portuguesa, cómo su hijo amado, porque todos los hijos lo son, aunque cada cual a su manera, leía la aceptación de ser heredero del General Franco, que tanto bueno hizo por España aunque algunos quieran ahora decir lo contrario, que por decir, si quieren, pueden decir hasta misa en arameo... Ese lobo de mar, con los ojos llorosos, supongo que pasando el nudo de la garganta con alguna copa de bagaço, o de whisky, que me da igual, sólo acertó a decir: “*¡Qué bien ha leído Juanito!*”. Sabía Don Juan que empezaba a ser realidad el sacrificio que habría de consumarse para bien de la Corona, que estaba por encima de la cabeza que la portara. Se debatía entre los cantos de sirena de quienes le hacían albergar esperanzas de que se sentaría en el Trono de

Palacio y las verdades, impregnadas de lealtades, de quienes le hacía ver que con Franco no sería posible, que era una cuestión visceral, y que la Institución sólo sobreviviría haciendo el sacrificio de inmolarse por su amado hijo, por ese que había leído tan bien mientras él aliviaba el nudo de la gola con el sorbo del mar que siempre circuló por sus venas.

**Noviembre de 1975...** Dos personas de probada fidelidad y lealtad a sus ideales y a sus cometidos, aquellos a los que el destino les había llevado a esos momentos concretos de sus vidas, dejaban que el color rojo lacrimal, que es un rojo especial, se apoderara de sus ojos cuando la persona en quien habían depositado sus desvelos leía el juramento de aceptación de la Jefatura del Estado en sucesión del tan injustamente denostado General. Ya había pasado mucho tiempo, y se habían cerrado muchas heridas. Otras, que aún estaban vivas, se las sobrellevaba como quien lleva una escayola sin saber en qué momento se la van a quitar. Y, también, muchas otras laceraciones se sobrellevaban con la dignidad con que la gente de bien, la que busca la paz y la concordia, y no el enfrentamiento motivado, quién dice que no, por la casualidad de verte en un sitio u otro en un momento concreto de la vida, primando, por supuesto, el instinto de

supervivencia aunque sea a costa de la del hermano al que apuntabas en la loma de enfrente, sabe llevarlas... Muchos no tuvieron la culpa de caer en un bando o en otro. Estoy seguro que las lágrimas de Don Antonio Villacieros, Conde de Villacieros, y las de Don Nicolás de Cotoner, Marqués de Mondéjar, también caían en homenaje a quienes les hubiera gustado vivir ese momento en el que se atisbaba la reconciliación de todos los españoles (de todos los que la querían, que ahora se ve que a algunos no les atraía demasiado) merced al reinado de quien también dejaba que sus ojos se tiñeran de rojo lacrimal. El lobo de mar, como no podía ser de otra forma, porque fue siempre respetuoso con el legado que le había sido traspasado por Su Augusto Padre, S. M. El Rey Alfonso XIII, para no crear dudas de fidelidades, seguía el acto por televisión en algún lugar del que ahora mismo no me acuerdo... Da igual.

**Mayo de 1977...** Un viejo conde, con muchas vivencias, emociones e ilusiones cargadas a sus espaldas, a sus ochenta y dos años recién cumplidos, dejaba correr las suyas rostro abajo, procedentes del único ojo con el que podía llorar, porque los de cristal no sienten ni padecen emociones. Y en esa lágrima, que con que fuera una bastaba, rumiaba sus recuerdos y sus muchos momentos en los que quedó patente su fidelidad y

lealtad a la Corona, desde bien joven. Atrás quedaban sus jornadas de acompañamiento a Don Alfonso XIII en San Sebastián, como prueba la prensa de entonces; o los innumerables viajes a Estoril, como fiel sostén de la Casa cuando hizo falta... *“Oliva, tú a mi derecha”*, le decía Don Juan en las comidas en el English Bar; o esa reverencia a Don Juan Carlos en el Parador de Turismo de Mérida, ante la mirada de reconocido agradecimiento de Su Majestad, conecedor de lo que había hecho y sentido por Su Padre en los momentos en que más lo necesitaba; o el beso a la mano de la Infanta Doña Margarita en la terraza del Rhin de Santander, en los veranos del 74 al 76 del siglo pasado... Ese viejo conde, mi abuelo materno, mi padrino, Don Felipe Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, XII Conde de la Oliva de Plasencia, era testigo, a través de la televisión, de la cesión de los derechos dinásticos por parte del viejo lobo de mar al nuevo Rey de España. De Rey a Rey. Y se hizo por España, porque siempre estuvo en los sentimientos de los protagonistas de esta historia España por encima de todo. *“¡Majestad, por España, todo por España. Viva el Rey. Viva España!”*. Y al repetir las palabras del adiós de Don Alfonso en el Gran Hotel de Roma, ese lobo de mar, Don Juan de Borbón, que pidió retener para él el título de Conde de Barcelona, miró a su izquierda buscando a gente que pudiera

responder a sus vivas, tímidamente contestados. Ahora lo digo: fue una cesión vergonzosa, se mire como se mire, indigna para un Rey de derecho que mantuvo el peso de la Corona de España con dignidad por muchos años. Debería haber sido en Palacio Real, como él quería, con las cámaras de televisión en directo, y con los entonces representantes del pueblo español presentes. Ya no tiene solución.

**Junio del 2014...** Un nudo se atascó en el pescuezo de alguien que veía en ese momento la abdicación de Don Juan Carlos. En ese acto hubo mucha más gente que en la cesión de derechos dinásticos de Don Juan a su hijo, a Juanito. Cosas del destino... ¿político? Vaya Vd. a saber... La persona a la que se le atascó el nudo pudo aguantar las lágrimas, o se las tragó. Confeso y convencido monárquico, fiel y leal hasta la médula, mamado de sus mayores, consciente de los pasos inciertos que a veces se daban en la Institución, es quien esto escribe.

**Agosto del 2020...** Las lágrimas que pude contener seis años antes las derramé anoche, en silencio. Sin hacer ruido. Lágrimas de sentimiento. Lágrimas de tristeza. Las hay de alegría, pero las de ayer no eran de ese tipo. Lágrimas en las que repasé mis saludos a los Reyes Don Juan Carlos y

Doña Sofía... O a Don Juan y Doña María... O a la Infanta Elena... O al entonces Príncipe de Asturias... Me da igual el orden, pues en la gota de la lágrima todo se junta.

Lágrimas en las que repasé la primera vez que me llevaron a Villa Giralda e hice esperar a Doña María porque se atascó la máquina de fotos; recuerdos de mi saludo a la Señora en Egaña-Oriza, en Sevilla, poco antes de las corridas del Domingo de Resurrección en Sevilla. Era sólo un momento, pero eran unos grandes momentos. O cuando Don Juan me recibió en Lanzahita, Puerta de Hierro, en dos ocasiones. Parece que fue ayer, pues para los buenos recuerdos no pasa el tiempo. O cuando, con mi padre, estuvimos en el séquito de Don Juan en su visita, a finales de 1979, a Olivenza, invitado por Paco Píriz, para que conociese la túnica bordada por su bisabuela, Isabel II, al Señor de los Pasos. Por cierto, que aquel día mi padre y yo pusimos en jaque a la Base Aérea de Talavera la Real. Pero eso queda para otra ocasión.

Estuve en Madrid en las capillas ardientes de Don Juan y de Doña María. Fui exprofeso. Fui porque tenía que ir. Y tenía que ir porque quería ir. También fui a Aranjuez el 2 de junio del año pasado. Quería ir a decir con mi presencia: "*Hasta siempre, Majestad*". Tenía que ir. Y fui. Lo que

menos me importaba era la corrida de toros; lo que me llevó fue poder ser partícipe del reconocimiento a Don Juan Carlos de cuantos allí estábamos en su retirada de la vida pública, en nombre de todos los españoles... que hubieran querido estar, que aquí no se obliga a nadie. Fui, también, con un buen amigo monárquico a recibir, en su entrada en España, a los restos de Don Alfonsito cuando los llevaban al Panteón de Infantes de El Escorial. La comitiva no paró, casi no nos dio tiempo a terminar el responso, pero allí estaba yo. De luto. ¿Te acuerdas, Juan Enrique Pérez Martín? Atrás quedan mis llamadas diarias, ¡diarias!, a la Clínica de Navarra en la que Don Juan realizaba la última singladura de su vida... "*Deleste al habla*"... Y Teodoro Deleste me informaba del estado del Señor. Siempre a la misma hora. Todos los días. Los sentimientos se agolpan, pero no cansan. Cansa vivir sin sentir.

Tengo en mi despacho una fotografía del actual rey siendo aún heredero de la Corona, firmada: "*Para Felipe B. Albarrán Vargas-Zúñiga, con mucho afecto, Felipe, Príncipe de Asturias*"... Cerca, otra en la que inclino la cabeza al tiempo que, en Jarandilla de la Vera, cumplimento a Doña Elena de Borbón... En mi casa, varias de Don Juan, dedicadas... Otra de Doña María, que, según me dijo Eugenio Hernansanz, no acostumbraba a

dedicar, pero a mí le lo hizo... Otra, pedida en su día, allá por la segunda mitad de los ochenta del siglo pasado, a ABC, en la que posan Don Juan, Don Juan Carlos y Don Felipe... Otra de mi bisabuelo Vicente Ambel Cárdenas, Coronel entonces del Regimiento Castilla 16, junto al Rey de Portugal, Don Manuel II... Un pañuelo cuelga en mi casa, de seda, con los picos pintados con las banderas española e inglesa, hecho con motivo de la boda de Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia... Y una bandera de España, con la firma “Juan”, es custodiada por la foto del “*primer forofo del Señor*”, como le decía Don Juan a mi abuelo Felipe. Hoy, 5 de agosto, cuadragésimo tercer aniversario del fallecimiento de mi abuelo, la he besado al levantarme.

No lo puedo remediar... No lo quiero remediar... No me importa decirlo... Es más, quiero decirlo... ¡Soy monárquico! Y lo seguiré siendo, mientras no se me demuestre que bajo la garantía de la Institución no se consigue el entendimiento de los españoles. Porque se ha conseguido, guste o no reconocerlo. Reconozco, ojo, lo bien hecho en la ahora tergiversada época de la Jefatura del Estado encarnada por Francisco Franco. También lo que no fue tan bueno, que lo hubo. Respeto a quien no piensa como yo, siempre que respeten mi forma de pensar. Tengo amigos



republicanos. Mi mujer lo es. Allá ella. “¡Allá él!”, dirá ella. Pero nos entendemos. Así llevamos más de treinta y cuatro años, entre noviazgo y matrimonio. No sé si porque tuvimos la suerte de nacer en los años que nacimos o porque tuvimos la enorme dicha de vivir en los tiempos del reinado de Don Juan Carlos. Soy monárquico, no puedo remediarlo. ¿Debo confesarme por ello? Si lo hago, o me obligan, no será con propósito de la enmienda...

No soy tonto. Sé reconocer cuándo se hacen las cosas bien y cuándo no. Allá cada cual con sus actos. Con cuidar de los míos tengo bastante. Sé separar la vertiente pública de la personal cuando de quien ostenta un cargo se refiere. El Rey era mi Rey. Y era la parte que me interesaba. Juan Carlos de Borbón era suyo, y no de nadie más, y él sabrá responder de los actos suyos ante Dios. No somos quienes para pedir cuenta en lo que no sea su faceta pública, y ahí no se le puede reprochar nada. Consiguió cerrar heridas, ya lo he dicho. Consiguió que nos sentáramos a la mesa unos y otros sin sentir odio al que teníamos enfrente. Ahora ya no es así, pues algunos se han encargado de ello. Hay quien ha conseguido que algunos ya no quieran sentarse con otros. Don Juan Carlos ha sido un magnífico Rey, y lo digo como lo siento. Es mi opinión. Cada cual tiene la suya. Lo que pasa es que

unos las decimos, las escribimos... otros las criticamos, pero las nuestras nos callamos. Así es el ser humano. Pues yo las digo: soy monárquico, he sido juanista, sigo siendo juancarlista y quiero seguir siendo felipista. Espero poder serlo. Mis ánimos, hoy, se encuentran conturbados. Es lógico.

Quizá Don Juan Carlos debería haber abdicado antes, no lo sé, cuando todo se había conseguido. Me siento confuso en este debate interno. Quizá la Corona hoy, y lo digo como lo siento, se asentara sobre pilares más fuertes, que los cuaja el tiempo. Los obispos dimisionarios deben irse de sus antiguas diócesis. Quedarse en ellas provoca la creación de curias paralelas. Algunos residenciales saben bien de ello. Quizá el Rey Don Juan Carlos, en un momento culmen de su reinado, con todo conseguido, en nada manchado, debería haber cedido el báculo de la Corona. No lo sé.

O quizá debería no haber abdicado nunca, pero haber estado mejor aconsejado. Se fue Sabino, o lo echaron. Cada cual que piense lo que quiera. Alrededor del Rey se sumaron algunos que anteponían sus intereses personales, aun manchando la figura del monarca, a los verdaderos intereses de las personas reales. Ellos allá. Quizá faltó algo de prudencia, estoy seguro. ¿O es que hay quien se cree que sólo Don Juan Carlos

se ha lucrado de favores realizados en pro de la industria española? Ignorante quien así lo piense. Y, digo yo, ¿se ha valorado lo que ha conseguido el Rey con sus gestiones en favor de España? Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. O... *¿quién es el santo varón que pueda decir con fundamento: dieciséis abuelos tengo y ninguno fue ladrón?...*

Somos de lo que no hay... Aceptamos en la calle, en las instituciones democráticas, a convictos y confesos de asesinatos a sangre fría, por la espalda, a asesinos de niños, o de muchos otros inocentes... y ahora nos rasgamos las vestiduras por un amorío despechado y traicionero, o por unas comisiones supuestas pero aún no demostradas, o por una cacería en momento inoportuno, y condenamos, sin ser juzgado, a quien ha sido garante de la libertad (incluso para juzgarle a él sin reparo), la concordia y la pacífica convivencia entre los españoles durante treinta y nueve años. Así nos va.

Señor, Majestad, seré siempre monárquico, seré siempre agradecido a su gestión, a su reinado. Lloraré, Señor, porque sentiré en lo más profundo de mi corazón que la España reconocida mundialmente, esa España que debe estar en todos por encima de todo, le debe a Su Majestad

mucho más de los que muchos dicen. No sé, querido Don Juan Carlos, dónde estará, ni dónde pasará sus días que Dios le dé aún de regalo. No me importa, porque donde yo esté, mientras yo sienta, allá donde yo mire, estará siempre, Majestad. Y estará el Don Juan Carlos I que a mí me interesa. El otro, el privado, no me afecta. Quiero a mis amigos, a los que trato a diario, a plena luz, como sean, como son. En la intimidad de la luz apagada, en sus momentos íntimos en los que nadie somos quienes para entrar, no me interesan. No soy quien para juzgar sin tener datos ciertos, prueba palpable. Para eso, así lo creo, está Dios, y uno mismo.

Que nadie se engañe. Hoy, ayer, en estos días, se ha cerrado un tomo de la Historia de la Corona de España. Las cosas, ahora, serán de otra manera. Habrá que empezar a escribirla de nuevo, en los nuevos tiempos que nos esperan. De todos será responsabilidad hacerlo en muchas páginas o en pocas. *“No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y para ello deponed frente a los supremos intereses de la patria y del pueblo español toda mira personal”*... Quien lo dijo en 1975 tenía visos proféticos. Eso y decir *“España... sobre todo, España... todo por España”* es lo mismo. También lo corean los integrantes del Regimiento Saboya 6

al final de su himno. Pero no corren buenos tiempos. Los enemigos de la Corona están al acecho, emboscados en la cobardía de la mentira y del engaño, a la espera de la primera ocasión que se les brinde. Es mi opinión, sólo la mía, no la de ninguna institución a la que pertenezca. Ojalá esté equivocado. Me siento orgulloso de haber sido parte, en letra pequeña, o minúscula, de la Historia de la Corona, al menos en mi edición personal, como fiel y leal vasallo de Su Majestad Católica. Quiero seguir siendo partícipe de la que haya de escribirse a partir de ahora. El prólogo se ha venido escribiendo desde la abdicación de Don Juan Carlos. Ahora toca rellenar el cuerpo del tomo que haya de quedar para la posteridad. Dios quiera que el epílogo se tarde años en escribir. Tantos que pido al Altísimo no verlo, a pesar de los muchos años que deseo me regale aún, al menos mientras *“pueda hacerme todo solo”*.

Hoy, Señor, dejaré caer una lágrima o dos... Las que sean precisas. No me avergüenzo. Al contrario, estoy orgulloso de ellas. Y como quiera que, según me dijo ayer mi amigo Guardia Civil Arturo Gómez Angoña, los sentimientos reprimidos oxidan la vida, no dejaré que la mía la invada la herrumbre del desafecto y del desagrado.

Quiero pensar que alguien también las ha derramado en soledad. Quizá lejos de su Patria querida. O no tan lejos, porque la llevará siempre en el corazón.

Señor, por España, todo por España...

¡Hasta siempre, Señor!

¡Viva el Rey! ¡Viva España!

**Felipe Benicio Albarrán Vargas-Zúñiga**  
Monárquico

[felipe@felipealbarran.es](mailto:felipe@felipealbarran.es)  
[casa@felipealbarran.es](mailto:casa@felipealbarran.es)

Badajoz, 4–5 de agosto de 2020  
(y no digo que no añada más...)